

**DEMOCRACIA Y DIGNIDAD HUMANA
COMO INTELIGENCIA, ARDOR Y PASIÓN.
MARC SANGNIER: DEL *SILLON* AL CAMINO
DE LA FRATERNIDAD, LA PAZ
Y LA INTEGRACIÓN EUROPEA (1873-1950)**

ENRIQUE SAN MIGUEL PÉREZ
Universidad Rey Juan Carlos

Resumen: Durante un período que comprende aproximadamente la primera mitad del siglo XX, los escritores e intelectuales católicos franceses, sin filiación partidaria concreta, dominaron el debate sobre política y democracia en el escenario cristiano. El más destacado fue Marc Sangnier con su organización: el *Sillon*. Condenado por el Papa Pío X, Sangnier se convirtió, sin embargo, en el fundador del movimiento democristiano en Francia, y también en un precursor del proceso de integración europea.

Palabras clave: Democracia. Dignidad Humana. Paz. Integración europea.

Abstract: For a period of about the first half of the twentieth century, French catholic writers and intellectuals with no formal political affiliation dominated the public conversation about politics and democracy in the Christian side. The most important was Mar Sangnier with his organization: the *Sillon*. Condemned by the Pope Pius X, Sangnier became the founder of the Christian-democratic movement in France, and a pioneer of the European integration.

Keywords: Democracy. Human Dignity. Peace. European Integration.

“Nous savons que les idées démocrates ne sont pas venues naturellement aux hommes. Nous savons que dans l'Antiquité, pour un citoyen libre, il y avait neuf esclaves ou ilotes... Un homme s'est levé, qui, contre la barbarie politique a fait prévaloir le régime démocratique, une doctrine s'est fondée qui... cette doctrine est la doctrine chrétienne... cet homme est le Christ Jésus notre Dieu. Lui seul a fondé, lui seul maintient le principe démocratique”¹.

La democracia, en efecto, no es una suerte de accidente de la naturaleza, y tampoco una creación de los griegos. Lo verdadero y, al mismo tiempo, lo más hermoso de la democracia, es que se trata de una creación del hombre, de la materialización en el escenario público, en sede institucional, y en el accionar político, de una visión de la vida, la dignidad y la condición humanas no neutral o aséptica, sino militante en la creencia de que todo ser humano disfruta de derechos imprescriptibles e inalienables. Enfrente, la barbarie. Y, como fundamento del “principio democrático”, de acuerdo con la visión del autor de las líneas que anteceden, el cristianismo.

Era 1903 cuando ese autor, Marc Sangnier, un joven intelectual parisino, procedía a establecer un nítido punto de inflexión en el itinerario de la civilización, y en la creación del clima intelectual y la atmósfera de creencias imprescindibles para la aparición del proyecto democrático: el cristianismo que hacía posible la cristalización de una verdadera democracia². Y singularmente en Francia, todavía instalada en la memoria de la terrible persecución a la que los católicos se vieron sometidos durante el Terror, y la práctica de un laicismo laminador de las creencias y convicciones de la inmensa mayoría de los ciudadanos franceses durante todo el siglo XIX. Una memoria que habría de transformarse en el fermento de una poderosísima respuesta en el ámbito teológico y filosófico, y también en todos los escenarios de la creación, desde la literatura al cine, y desde la música a la pintura, con figuras como Henri de Lubac e Yves Congar; Jacques Maritain, Emmanuel Mounier, Jean Lacroix, Gabriel Marcel, o Paul Ricoeur; con Charles Péguy, Georges Bernanos, François Mauriac, Paul Claudel o Paul Morand; con Robert Bresson, Olivier Messiaen o Georges Rouault. Buena parte de ellos, por cierto, no únicamente involucrados en la vida pública francesa, sino que también habría de adquirir un compromiso explícito con la República española tras el golpe de Estado de 1936³.

Su aportación a la renovación del espíritu cristiano y, sobre todo, su capacidad para empujar el mensaje evangélico en el mundo, en la reflexión, en el pensamiento y en el cultivo espiritual, pero también y muy especialmente en el compromiso, en la participación y en el accionar público, fue y sigue siendo portentosa. Después de un siglo XIX en el que, como diría el Papa Pío XI, el mayor escándalo fue que “la Iglesia perdió a la clase obrera”, estos hombres ganaron el siglo XX para la conciencia, la presencia y la identidad del cristiano decidido

1 LEFÈVRE, D., *Marc Sangnier. L'aventure du catholicisme social*, París, 2008, p. 90.

2 SERRY, H., *Naissance de l'intellectuel catholique*, París, 2004, pp. 168 y ss.

3 LOTTMAN, H., *La Rive Gauche. La elite intelectual y política y Francia entre 1935 y 1950*, Barcelona, 2006, pp. 169 y ss. Vid. también PIERCE, R., *Contemporary French Political Thought*, Oxford, 1966, pp. 50 y ss., y JUDT, T., *Past Imperfect. French Intellectuals, 1944-1956*, Berkeley, 1992, pp. 29 y ss.

a vivir y convivir en un mundo plural y complejo, asumiendo la diversidad como condición para el encuentro, la cooperación y la convivencia.

Y, cómo no, como en todas las grandes tradiciones de pensamiento político, buena parte del accionar público de inspiración cristiano descansa también, desde sus grandes precursores del siglo XIX, durante todo el siglo XX, y este comienzo del siglo XXI, sobre Francia. Probablemente por ser la primera de las grandes naciones católicas europeas en donde el proyecto político revolucionario de impronta burguesa se desarrolló de manera consciente y sistemática entendiendo que la población creyente cristiana era su mayor adversaria. Una realidad tan difícilmente compatible con la identidad cristiana de muchos de los revolucionarios de la hora primera, como implacablemente ejecutado en regiones enteras del país, y cuyos efectos pueden todavía constatarse en espacios como la Vendée, que en apenas un lustro perdió casi doscientos mil de sus habitantes. Pero ese proyecto prosiguió adquiriendo un tono, como adjetivaría René Remond, “militante” tras la oleada napoleónica⁴.

Francia fue también el país en el que se generó más prontamente un discurso católico dotado de nuevo aliento espiritual, teológico, filosófico y creativo. Sólo en el ámbito político, a pesar de la existencia de figuras precursoras tan eminentes como Ozanam, la respuesta se desarrolló de manera más tardía. Y si en Francia existe una figura que merece ser considerada absolutamente precursora de la opción política de inspiración cristiana de acuerdo con la radicalidad en el compromiso democrático, la irreductibilidad en la vocación social de la concepción y de la acción públicas y la firme decisión de poner fin a la cultura de la guerra, refundando Europa sobre la base de su integración política y, en definitiva, la justicia y la paz, esa figura es Marc Sangnier. El hombre que convirtió democracia y derechos humanos en objetivos irrenunciables, la historia en acción protagonista, y la política en suprema, fundada y venerada ilusión.

1. LA DIGNIDAD HUMANA, UNA “NOBLE PREOCUPACIÓN” DE UN SILLON CONDENADO POR PÍO X. MARC SANGNIER Y NOTRE CHARGE APOSTOLIQUE

Nacido en París el 3 de abril de 1873, en una familia muy acomodada y muy católica, Marc Sangnier estudió en el Colegio Stanislas, una institución educativa cuyo ideario era cristiano, pero que desde su fundación en 1804 por el abad Claude Liautard se encontraba plenamente incardinado en el sistema educativo francés. En el Stanislas las aptitudes de Sangnier florecieron, y con ellas un ideario cristiano que, en pleno final del siglo XIX, se encontraba decisivamente nutrido por la inspiración del accionar social de figuras como Albert Le Mun, heredero del catolicismo social de Felicité de Lamennais y Frédéric Ozanam.

Siendo todavía un joven estudiante de Derecho, con apenas 19 años, en 1894, conoció la existencia de una publicación periódica fundada por Paul Renaudin que se denominaba *Le Sillon*, El Surco, nacida apenas tres años después de la promulgación de la Carta Encíclica

4 RÉMOND, R., *L'anticlericalisme en France. De 1815 à nos jours*, Bruxelles, 1985, p. 61; GRONDEUX, J., *La religion des intellectuels français au XIX e siècle. Essai sur les origines de la modernité religieuse*, Toulouse, 2002, pp. 82 ss.; DUROSELLE, J. B., *La France de la “Belle Époque”*, Paris, 1992, pp. 94 ss.; WEBER, E., *Francia, fin de siglo*, Madrid, 1989, pp. 47 ss.

Rerum Novarum, desde la vocación de testimoniar, en el ámbito filosófico y del pensamiento, la adhesión de los laicos cristianos a una propuesta de presencia y participación públicas plenamente fundada en el Evangelio, y comprometida con la emancipación de los seres humanos, y muy especialmente de aquellos cuya extracción social, actividad laboral o ausencia de ella, les condenaba a la explotación, opresión, o marginación.

Fue entonces cuando Marc Sangnier, todavía en plena juventud, decidió dotar a lo que constituía un espacio de reflexión en un movimiento que instalara en la vida pública y, por lo tanto, en la historia, el ideal de la plenitud humana intrínseco a la propuesta evangélica. Un ideal de plenitud que la *Rerum Novarum* no reservaba a la Eternidad, sino que pasaba a constituirse en un deber de presencia y de participación pública activa y fraterna en la vida terrena.

Pero la nueva organización o, más bien, la anti-organización, en su voluntad de construir un nuevo espacio en donde la adhesión, y la voluntad de presencia y participación pública, se definía a través de la amistad, la fraternidad y el impulso comunitario y compartido. No era un partido o una asociación, sino un movimiento cohesionado por el afecto, el desprendimiento, el idealismo, la generosidad y el afán de donación al servicio de la justicia y los derechos y libertades fundamentales, y por eso recibió la denominación de *Sillon*: el Surco. Marc Sangnier sabía que la responsabilidad más eminente del cristiano era ser testigo del Evangelio, y aportar su testimonio a la construcción de un ideal de civilización basado en el amor, en el perdón, y en la reconciliación.

En el concepto de quien no era más que “Marc” dentro de una fraternidad en movimiento, la “amistad” ocupaba un papel central⁵. Eso significa que los integrantes del *Sillon* desarrollaban una mística de mutuo conocimiento y afecto, de proyectos compartidos, y de vivencias y experiencias comunitarias, que desbordaban la rigidez y el sentido organicista de cuanta organización política, y no digamos partidaria, habían conocido la Francia y la Europa liberales. En apenas una década, el *Sillon* contaba con miles de adherentes, así como con secciones en las principales capitales de la República.

Y, con esos miles de militantes, en su inmensa mayoría muy jóvenes, el debate público, dentro y fuera del pensamiento cristiano, comenzó a experimentar la influencia del estilo y de las actitudes del movimiento liderado por Marc Sangnier. Charles Péguy había ya detectado, en el final de 1906, el agotamiento del modelo político y partidario de la Tercera República francesa. Pero advertía al mundo católico contra el peligro de oponer a los partidos parlamentarios de la “dominación política” un “partido intelectual” que, en último término, actuara en “unidad profunda” con los partidos parlamentarios en la superficie de las instituciones, como una suerte de nueva y grosera expresión del supremo afán de dominación: la dominación intelectual. Es decir, la dominación que aseguraba todas las dominaciones: la filosófica, religiosa, metafísica, la dominación del gobierno, del Estado y, en definitiva, de la República⁶. Publicadas sus reflexiones en 1907, el debate suscitado por los jóvenes intelectua-

5 DE FABRÈGUES, J., *Le Sillon de Marc Sangnier. Un tournant majeur du mouvement social catholique*, París, 1964, pp. 63 ss.

6 PÉGUY, C., *Situations*, París, 1940, p. 87.

les cristianos aportaba sesgos sumamente innovadores a una vida política previsible y mortecina, excepto en sus designios coloniales e imperiales, antesala de una contienda mundial que se avecinaba con un cada vez más acusado grado de certeza.

En esa Francia del cambio de siglo, en medio de una Tercera República que, de manera recurrente y casi en cada una de sus crisis, adoptaba y abandonaba planteamientos ferozmente laicistas, el *Sillon* se definía como un movimiento de laicos que pretendían hacer visible el mensaje evangélico en todas sus integrales dimensiones. Y, en un principio, la Iglesia contempló con enorme simpatía y esperanza la estrategia adoptada por Marc Sangnier y por sus seguidores. Pero el énfasis democrático y republicano del movimiento, que recuperaba la histórica posición del abad Lacordaire en plena Revolución Francesa, cuando afirmaba que se abría “el tiempo luminoso de la democracia cristiana” con el triunfo de una nueva forma de Estado que venía a traducir los principios cristianos, y en concreto la vocación por la libertad, la igualdad y la fraternidad, en el ámbito secular, cobraba una dimensión política de enorme relevancia en pleno comienzo del siglo XX. Una dimensión política que, a juicio del Papa Pío X, no pertenecía al actuar autónomo de los laicos cristianos, sino que dependía directamente de la autoridad pontificia.

Y, como consecuencia, la intervención del Papa Pío X habría de ser fulminante. El 25 de agosto de 1910 la Carta Apostólica “*Notre Charge Apostolique*” desautorizó muy explícitamente el trabajo realizado por el *Sillon*. Pero ni mucho menos colocó a sus integrantes fuera de la Iglesia. De hecho, el Papa instó a los “sillonistas” a realizar su tarea apostólica dentro del cuadro diocesano, uniéndose a los equipos parroquiales, otorgando así plena validez a la significación cristiana de su presencia, de su participación, y de su compromiso, pero dentro del cuadro de la institucionalidad diocesana. La política, y la defensa de los derechos y libertades fundamentales, se los reserva a sí mismo el Pontífice Romano.

El texto papal está redactado con profundo sentimiento. Queda a juicio del lector si el sentimiento es de dolor o de cólera. Un sentimiento que parece nacer del reconocimiento pleno de la buena voluntad, la recta intención y el amor a la Iglesia de los integrantes del *Sillon*. Probablemente algunas de las más sesudas constataciones del trabajo realizado por Sangnier y sus seguidores se contiene en el documento que elaboró San Pío X. Y, por este mismo motivo, no debe sorprender que la descripción de la naturaleza y propuestas de la organización liderada por Marc Sangnier resultara tan lúcida y tan ajustada a la verdadera identidad de hombres que actuaban movidos por un profundo sentido del testimonio cívico, por un vehemente deseo de fraternidad, y por la adopción de una opción visible por los más necesitados, por los sufrientes, por los que padecen. E, incluso, como explícitamente afirmaba el Papa, esa condición de testigos cristianos había conducido a los miembros del *Sillon* a hacerse presentes allí donde el mensaje evangélico se encontraba ausente, o era sistemáticamente rechazado y denostado:

“Amamos a la valerosa juventud enrolada bajo la bandera del Sillon y la juzgamos digna, en muchos aspectos, de elogio y admiración. Amamos a sus jefes, en quienes Nos reconocemos gustosamente almas elevadas, superiores a las pasiones vulgares y animadas del más noble entusiasmo por el bien. Vosotros mismos los habéis visto, venerables

hermanos, penetrados de un sentimiento muy vivo de la fraternidad humana, marchar al frente de los que trabajan y sufren, para ayudarlos, sostenidos en su entrega por su amor a Jesucristo y la práctica ejemplar de la religión... El Sillon levantó entre las clases obreras el estandarte de Jesucristo, la señal de salvación para los individuos y las naciones, alimentando su actividad social en las fuentes de la gracia, imponiendo el respeto de la religión en los medios menos favorables, acostumbrando a los ignorantes y a los impíos a oír hablar de Dios, y frecuentemente, en conferencias polémicas, frente a un auditorio hostil... para proclamar altamente y valerosamente su fe”.

Notre Charge Apostolique es uno de los textos papales más importantes en la historia de la cristalización de la opción cristiana en política. Y, como todo texto pontificio, debe leerse tal y como es, con fidelidad a una letra que dice ni más ni menos lo que dice, y lo dice con rotundidad y con claridad. Con plena conciencia de todas sus implicaciones, y muy especialmente de las políticas. Por eso resulta hoy llamativo que muchas de las tesis por las que fue desautorizado el *Sillon*, y que habrían de incorporarse al Magisterio de la Iglesia tras el Concilio Vaticano II, se describan desde un extenso conocimiento de sus contenidos y de sus implicaciones, y se describan de manera rigurosa, por no decir desde una más que perceptible simpatía por sus motivaciones:

“Los jefes del Sillon... alegan... que el sillonista es sencillamente un católico consagrado a la causa de las clases trabajadoras, a las obras democráticas, bebiendo en las prácticas de su fe la energía de su consagración; que ni más ni menos que los artesanos, los trabajadores, los economistas y los políticos católicos, permanece sometido a las reglas de la moral comunes a todos... Los jefes del Sillon se proclaman idealistas irreductibles, que pretenden levantar a las clases trabajadoras, exaltando en ellas, en primer lugar, la conciencia humana; que tienen una doctrina social y principios filosóficos y religiosos para reconstruir la sociedad sobre un plano nuevo; que tienen una concepción especial de la dignidad humana, de la libertad, de la justicia y de la fraternidad, y que, para justificar sus sueños sociales, apelan al Evangelio... Nos sabemos muy bien que se glorían de exaltar la dignidad humana y la condición demasiado menospreciada de la clase trabajadora, de hacer justas y perfectas las leyes del trabajo y las relaciones entre el capital y los asalariados; finalmente, de hacer reinar sobre la tierra una justicia mejor y una mayor caridad, y de promover, por medio de movimientos sociales profundos y fecundos, en la humanidad un progreso inesperado”⁷.

2. CRISTIANISMO Y FORMA DE GOBIERNO. LA OPCIÓN DEMOCRÁTICA COMO EXPRESIÓN DE LO ESENCIAL

Cuando todavía no habían transcurrido dos décadas desde la promulgación de la *Rerum Novarum*, la preocupación del Papa por las clases trabajadoras y su convicción acerca de la necesidad de promover la dignidad integral de los trabajadores y, por consiguiente, un con-

⁷ S. S. EL PAPA PÍO X: *Carta Apostólica Notre Charge Apostolique que condena la “Democracia Cristiana”*, s. I. 1910, pp. 2-3.

cepto integral de progreso, se expresaba en términos de compromiso con la justicia, sin renunciar a la caridad, y proponiendo el encuentro entre las clases como alternativa a la lucha entre ellas. Alternativa funcional, social y, parece deducirse del texto, política. Cabe recordar, y destacar, que la posición de la Santa Sede habría de convertirse en un poderosísimo incentivo para el alineamiento de las clases populares junto a la República, y contribuye decisivamente a explicar el sentimiento patriótico de la Iglesia francesa durante la Gran Guerra, el entusiasmo de los fieles cristianos al empuñar las armas en la defensa de la República, y el sentido casi religioso con el que ciudadanía e instituciones, con independencia de su laicidad, se comprometieron en el esfuerzo bélico⁸.

Más de un siglo después, para el historiador del Derecho, es decir, y en este punto, de las formas políticas e institucionales, no puede resultar más sugestiva y, al mismo tiempo, ilustrativa la contraposición entre la propuesta de Marc Sangnier y la decisión de Pío X, es decir, entre la inocencia y el realismo político. Siguiendo la feliz asociación de ideas y conceptos de un inolvidable historiador del Derecho francés, coetáneo de ambos, resistente frente al nazismo, como Jacques Ellul, el Papa representa la “solución política” en respuesta a la “ilusión política” del “sillonista”⁹. La solución no pone término a la ilusión, aunque lo pretenda. La solución, más bien, enfrenta a la ilusión con sus insuficiencias conceptuales o funcionales.

En este sentido, la Carta procede a un examen muy detenido de la triple emancipación que conceptualmente propone el *Sillon*, y que no se circunscribe al ámbito de la libertad política, sino que se completa con las vertientes económica e intelectual, para delimitar todos los escenarios de un acontecer humano más pleno y, sobre todo, sentados estos tres pilares, más igualitario y más justo:

“El Sillon tiene la noble preocupación de la dignidad humana... El primer elemento de esta dignidad es la libertad, entendida en el sentido de que, salvo en materia religiosa, cada hombre es autónomo. De este principio fundamental deduce las conclusiones siguientes. Hoy día el pueblo está bajo la tutela de una autoridad distinta del pueblo; debe liberarse de ella: emancipación política. Está bajo la dependencia de patronos que, reteniendo sus instrumentos de trabajo, lo explotan, oprimen y rebajan; debe sacudir su yugo: emancipación económica. Está dominado, finalmente, por una casta llamada dirigente, a la cual su desarrollo intelectual asegura una preponderancia indebida en la dirección de los asuntos; debe sustraerse a su dominación: emancipación intelectual. La nivelación de las condiciones, desde este triple punto de vista, establecerá entre los hombres la igualdad, y esta igualdad es la verdadera justicia humana. Una organización política y social fundada sobre esta doble base, la libertad y la igualdad (a las cuales se unirá bien pronto la fraternidad), he aquí lo que los ‘Sillonistas’ llaman democracia... Su catolicismo no se acomoda más que a la forma de gobierno democrática, que juzga ser la más favorable a la Iglesia e identificarse por así decirlo con ella; enfeuda, pues, su reli-

8 CHOLVY, G. y HILAIRE, Y.-M., *Religion et société en France. 1914-1945. Au péril des guerres*, Toulouse, 2002, pp. 14 ss.

9 ELLUL, J., *L'illusion politique*, París, 1977, pp. 260 ss.

*gión a un partido político... Lo que Nos queremos afirmar una vez más... es que hay un error y un peligro de enfeudar, por principio, el catolicismo a una forma de gobierno*¹⁰.

Pío X había captado, se diría a la perfección, qué modelo de democracia defendían Sangnier y sus seguidores, un modelo basado en la libertad y en la igualdad, y convencido del advenimiento de la fraternidad a partir de ambos presupuestos. Ese modelo de democracia prefigura, ampliamente, el modelo que habría de sostener la democracia cristiana a lo largo de todo el siglo XX, y su afirmación acerca de la esencial fundamentación cristiana de la democracia, de acuerdo con su perspectiva antropológica, filosófica, y política, una visión que la generación de intelectuales cristianos siguiente, la de Emmanuel Mounier y *Esprit*, desde el período de Entreguerras, habría de rebasar desde la denuncia de los estragos de la civilización material del capitalismo y la consiguiente concepción burguesa de la existencia¹¹. Pero, a juicio del futuro San Pío X, el problema que aqueja al *Sillon* es precisamente, su plena adhesión a la forma de gobierno democrática, una adhesión que no concordaría con la histórica voluntad de independencia de la Iglesia, y su rechazo a toda forma de identificación con una organización política o institucional concreta.

En realidad, las posiciones de Marc Sangnier y las de la Iglesia se correspondían muy sustancialmente. El planteamiento del pensador parisino era muy simple: la esencia de la democracia respondía a un ideal evangélico y, por lo tanto, los cristianos no sólo debían mostrarlo, participando en las instituciones de la Tercera República, sino también adoptar una presencia protagonista en todas las esferas de la vida cívica. Pero la actuación de los fieles cristianos, al contrario de lo sostenido por el Papa en su drástica intervención, en modo alguno pretendía comprometer la posición de la Iglesia. El *Sillon* no aspiraba a convertirse en una formación partidaria que comprometiera la actuación de la Santa Sede, sino a proponer un compromiso, una actitud y un estilo. Un joven militante del *Sillon* y después alejado de Marc Sangnier, François Mauriac, habría de recordar en sus memorias cómo en su juventud “sillonista” había entendido que la asociación conceptual entre cristianismo y poesía obedecía a que uno y otra acudían directamente a “lo esencial”¹². Marc Sangnier había sido capaz de operar esa asociación de ideas. De abrir un nuevo escenario a la participación. Casi, de inventar un nuevo lenguaje militante.

Para Pío X, sin embargo, la actuación de Sangnier concluía por colocar a la Iglesia en una posición de fáctica dependencia respecto de los poderes civiles, algo a lo que la Santa Sede en modo alguno podía acceder. Además, en términos sociales, las posiciones pontificias eran, si cabe, más radicalmente evangélicas que las adoptadas por los integrantes del *Sillon*. Por eso, San Pío X no vacilaba en promover la llamada “democracia económica”, una forma de democracia que, como todas sus restantes vertientes, estaba eminentemente subordinada a la que Jacques Maritain habría de denominar posteriormente como “primacía de lo espiri-

10 S. S. EL PAPA PÍO X: *Carta Apostólica Notre Charge Apostolique*, pp. 4-5.

11 WINOCK, M., *“Esprit” Des intellectuels dans la cité (1930-1950)*, París, 1996, pp. 29 ss.

12 MAURIAC, F., *Memorias Interiores. Nuevas memorias interiores*, Barcelona, 1969, p. 64.

tual¹³. Y el Papa pensaba que esa forma de democracia derivaba, casi automáticamente, del sentido de la responsabilidad, para imprimir un nuevo dinamismo en la vida democrática:

“Ahora bien, estos tres elementos, político, económico y moral, están subordinados el uno al otro, y es el elemento moral... el principal. Porque ninguna democracia es viable si no tiene puntos de arraigo profundos en la democracia económica. A su vez, ni la una ni la otra son posibles si no arraigan en un estado de espíritu en el que la conciencia se halle investida de responsabilidades y de energías morales proporcionadas. Pero suponed este estado de espíritu hecho sobre la base de una responsabilidad consciente y de fuerzas morales: la democracia económica brotará naturalmente de él, traduciendo en hechos esta conciencia y estas energías”.

Pero, en términos del Magisterio pontificio, quizás el reparo de fondo más profundo que la Iglesia oponía al *Sillon* estribaba en su concepción de la caridad, una concepción eminentemente secular, que la Iglesia entonces, y ahora, estimaría y valoraría, pero consideraba insuficiente a la luz del Evangelio. El Papa conocía perfectamente las consecuencias de su intervención, y la magnitud del “sacrificio”, como él mismo le denomina, que estaba solicitando. Pero conocía también, y en grado no menor, la permanente fidelidad cristiana de Sangnier y de los integrantes del *Sillon*. Por eso, no sólo no pretendió nunca apartarles de la Iglesia, sino que expresó su deseo de que pudieran continuar con su trabajo apostólico dentro de las estructuras diocesanas, con objeto de contribuir a la formación de los fieles cristianos, comprometidos con la mejora en sus condiciones de vida. El Papa sabía, en efecto, de las actitudes y de las cualidades de Marc Sangnier y sus seguidores. Y les conminaba a que abandonaran el accionar cívico a favor del compromiso diocesano:

“..Nos medimos ciertamente la extensión del sacrificio que de ellos solicitamos, pero sabemos que son suficientemente generosos para realizarlo y, de antemano, en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, cuyo indigno representante somos, Nos les bendecimos por ello. En cuanto a los miembros del Sillon, queremos que se distribuyan por diócesis para trabajar bajo la dirección de sus obispos respectivos en la regeneración cristiana y católica del pueblo, al mismo tiempo que en el mejoramiento de su situación”¹⁴.

3. “ALGO MÁS Y ALGO MEJOR”. LA LIGA DE LA JOVEN REPÚBLICA, O LA DEMOCRACIA DE INSPIRACIÓN CRISTIANA COMO OPCIÓN REPUBLICANA Y SOCIAL

Tanto Marc Sangnier como los integrantes del *Sillon* acataron con enorme lealtad la decisión pontificia. Aunque, como las personas más próximas al pensador parisino habrían de recordar con posterioridad, él mismo habría de verse profundamente afectado por la decisión de la Santa Sede y, por muchos conceptos, ese impacto habría de subsistir durante toda su vida. Los católicos franceses, en efecto, dieron sobradas muestras de su lealtad durante todo el siglo XIX y, como haría notar con posterioridad Jacques Duquesne, el *Sillon* habría

13 MARITAIN, J., *Primacía de lo espiritual*, Buenos Aires, 1982, pp. 57 ss.

14 S. S. EL PAPA PÍO X, *Carta Apostólica Notre Charge Apostolique*, pp. 7-8.

de convertirse, en efecto, en la semilla de una nueva etapa de la historia democrática¹⁵. Porque Marc Sangnier, educado sin duda en una atmósfera muy cultivada, no menos que en un sencillo y profundo sentido de la piedad cristiana, habría de saber también interpretar la histórica oportunidad que ofrecía la decisión pontificia para, esta vez fuera del cuadro eclesial, promover la fundación de un nuevo movimiento, esta vez abiertamente político.

En primer término, decidió fundar una publicación que habría de recibir una denominación tan explícita como *La Démocratie*. Pero el compromiso político significaba apostar abiertamente por la creación de una nueva organización dispuesta a concurrir a las convocatorias electorales. Y, por eso, en 1912 nació la *Ligue de la Jeune République*, de acuerdo con una vocación nítida: la definitiva conciliación del proyecto cristiano con el ideario republicano, sobre la base de una marcada vocación social. Se definían, de esta forma, las bases de un proyecto político y partidario nutrido por una profunda identidad social-cristiana, un proyecto de nueva impronta en la vida pública francesa de acuerdo con su identidad (demócrata de inspiración cristiana) su modelo de organización (una “liga” y no un partido) y su ideario (socialcristiano, alternativo tanto a los movimientos de clase como a las viejas formaciones partidarias de impronta burguesa) Porque, como desde las primeras líneas de su libro-manifiesto del nuevo movimiento venía a defender Marc Sangnier, “la República no es simplemente para nosotros el nombre que se ha dado a una cierta forma de gobierno: es algo más y, no tengo pudor en así decirlo, algo mejor”¹⁶.

La Liga, en efecto, detectaba en la Tercera República carencias políticas en el orden cuantitativo y en el cualitativo. Para Marc Sangnier, la aportación de la Liga de la Joven República a la vida pública, en cuanto organización política de inspiración cristiana, era nítida: “existen dentro del cristianismo fuerzas morales maravillosas para realizar en la práctica el espíritu y el temperamento republicanos”¹⁷. Esas fuerzas morales, partiendo de la ya mera pero muy relevante definitiva asociación de los cristianos al proyecto republicano, se concentraban en la necesidad de que la República desarrollara un nítido compromiso social, centrado en las clases más desfavorecidas de una sociedad que padecía los estragos de la tercera oleada de la Revolución Industrial, de manera que la salud pública y la educación, los derechos laborales, y los derechos políticos de las mujeres, se convirtieran en renglones definidores de un sistema político que exigía una profunda renovación, nuevas ideas, nuevas propuestas, y nuevos y jóvenes líderes, es decir, soluciones capaces de contener la deriva chauvinista y colonialista.

El estallido de la Gran Guerra, en efecto, además de representar el fracaso de todo por cuanto Marc Sangnier había combatido, convirtió al líder de la Liga de la Joven República en un héroe. Desde el comienzo de las hostilidades fue movilizado, combatiendo con el grado de teniente. Concluida la contienda, habría de obtener la Legión de Honor. Y cuando tras la I Guerra Mundial, se produjeron diversos movimientos tendentes a posibilitar que una fuerza partidaria pudiera hacer visible el social-cristianismo en la esfera política y, sobre todo, parlamentaria, de la Tercera República Francesa, Marc Sangnier no pudo ser ya acusado de

15 DUQUESNE, J., *La izquierda de Cristo*, Barcelona, 1973, p. 96.

16 SANGNIER, M., *La Jeune-République. L'Idée républicaine. La Reforme politique et administrative: Vers l'Etat nouveau*, París, 1913, p. 23.

17 *Ibidem*, p. 60.

deslealtad, o sumisión a las directrices pontificias, o pacifismo, términos recurrentes en los enemigos del *Sillon*.

De esta forma, se iniciaba su carrera política ordinaria. Hace ahora cien años, en 1919 Marc Sangnier alcanzaba un escaño en la Asamblea Nacional dentro de las filas del *Bloc national*, permaneciendo en las funciones de diputado hasta la finalización de la legislatura en 1924. La primera experiencia parlamentaria de un Marc Sangnier que habría de morir como diputado, es decir, finalizar en 1950 su existencia como parlamentario en activo, y además como diputado del Movimiento Republicano Popular, es decir, integrado dentro del grupo mayoritario en la Asamblea Nacional, hecho único en la historia de la cristiano-democracia francesa, tuvo la virtud de hacer visible, finalmente, la virtualidad de la opción democrática de inspiración cristiana en la política. Los demócratas de inspiración cristiana, en cuanto tales, habían alcanzado un escaño por elección popular en el Palais Bourbon.

Tras la celebración de las elecciones generales de 1924, y la decisión del “*groupe des catorze*”, de catorce diputados de inspiración cristiana, de crear un grupo parlamentario de “demócratas populares”, nacería una nueva formación partidaria, el *Parti démocrate populaire*, el PDP, que habría de celebrar su Congreso fundacional entre el 15 y el 16 de noviembre de ese mismo año. Nacía, de esta forma, una fuerza destinada a una andadura efímera y siempre minoritaria, pero extraordinariamente representativa de la emergencia de una visión política y, sobre todo, un modo de ser y de hacer en política, que habría de revestir una influencia determinante en la historia de Francia y de Europa: la visión y el modo de ser y de hacer de la democracia cristiana.

Una fuerza que nacía como heredera de los diversos grupos y movimientos estudiantiles y de trabajadores que, durante las primeras décadas del siglo XX, habían procedido a una sistematización del pensamiento político del socialcristianismo, e impulsado su paulatina conversión en una fuerza de ámbito nacional, demócrata y republicana. El PDP habría de convertirse en el modelo de eso que posteriormente ha convenido en denominarse un partido “de cuadros”, es decir, un partido dotado de ideario, de programa, y de magníficos líderes y mejores portavoces, caracterizados siempre por su sólida formación. Pero también, quién sabe si como consecuencia de esta conjunción de razones, un partido con enormes dificultades para conectar con el electorado, un partido “profesoral”, se diría que muy especialmente reñido con el electorado radicado en los grandes centros urbanos franceses, y muy falto de votos, unos votos que oscilarán entre su tope máximo en 1928, el 3,7%, y el mínimo en 1936, el 2,7%. Un partido, por cierto, al que habrían de adherirse mujeres que habrían de desempeñar un protagonismo relevante en la Resistencia, y entre ellas la futura primera ministra de la historia de Francia, al frente de la cartera de salud Pública y Población en el gabinete formado por Robert Schuman en noviembre de 1947: la democristiana Germaine Poinso-Chapuis¹⁸.

Mientras, el testimonio de los católicos, tanto en el ámbito político como en el escenario de las formas de creación, conmovía profundamente la vida pública francesa. En 1938, una todavía anarquista Simone Weil habría de escribir una vibrante carta a Georges Bernanos tras leer *Los grandes cementerios bajo la luna* y *Diario de un cura rural* para testimoniarle,

18 KNIBIEHLER, Y. (dir.), *Germaine Poinso-Chapuis. Femme d'État (1901-1981)*, Marseille, 1998, 33 ss.

además de su admiración, su disposición a ingresar en una Iglesia de la que únicamente le separaba ya el sentimiento de no pertenencia¹⁹. Su presencia habría de convertirse en un poderosísimo testimonio cuando, finalmente, y cumpliendo los peores augurios, el proyecto occidental de civilización se enfrentó a la peor crisis de su historia.

4. DEL “PACIFISMO DE ACCIÓN” AL “NOSOTROS SOMOS EL PUEBLO”. EL LEGADO DE MARC SANGNIER EN LA CUARTA Y LA QUINTA REPÚBLICAS FRANCESAS

El estallido de la II Guerra Mundial habría de motivar algunas de las más inspiradas y conmovedoras páginas nunca escritas por el político y pensador francés. El 3 de septiembre, el mismo día en que se hizo oficial el estado de guerra entre Francia y Alemania, una vez más, casi exactamente un cuarto de siglo después del estallido de la Gran Guerra, Sangnier trazaba los perfiles de un drama cuya responsabilidad incumbía totalmente al totalitarismo tiránico, pero frente al que el pacifismo democrático no podía seguir oponiendo un “pacifismo intelectual”, pasivo y narcisista, sino una nueva modalidad de pacifismo: el “pacifismo de acción”.

Al servicio de ese pacifismo de acción, los jóvenes católicos franceses de la JEC, que mientras la barbarie antisemita recorría Europa, y también Francia, habían trabajado conjuntamente con Marc Sangnier y con Jacques Maritain, habrían de ofrecer un escalofriante testimonio martirial²⁰. Romain Gary, militante en la Francia Libre, decía que entendía a los protagonistas de la derrota en 1940, y no les guardaba rencor, porque se habían acomodado en una interpretación de la condición humana en la que únicamente cabía aprender y enseñar eso que denominaban “la sabiduría”, es decir, el arte de la supervivencia resignada²¹. Y, frente a la aceptación pasiva del abuso y de la arbitrariedad, frente a la injusticia, frente a la violencia, frente al mal, Marc Sangnier había aprendido y enseñado a los jóvenes cristianos franceses que la mejor y más contundente forma de derrotar a los enemigos de la civilización era ni más ni menos que guardar intactos los corazones, unos corazones que debían sostenerse inalterablemente ligados “a la verdad, a la justicia, al amor”. Si esos corazones permanecían leales, los surcos trazados, también los regados por la sangre de los mártires, habrían de revelarse como muy profundos. Tan profundos como para otorgar plena legitimidad democrática a la histórica experiencia de la Cuarta República francesa.

Tras la creación del Movimiento Republicano Popular, en el histórico Congreso celebrado en París el 25 y 26 de noviembre de 1944, Sangnier se unió al nuevo partido, en el que habría de ser recibido y nombrado, por aclamación, como Presidente de Honor. Pero las tareas que se le encomendaban a quien era universalmente respetado y reconocido como uno de los padres de la refundada democracia francesa, no eran precisamente decorativas dentro de un partido que durante toda la IV República, además de convertirse en la primera fuerza política alternativa al comunismo, habría de distinguirse por su extraordinaria cohesión interna²².

19 WEIL, S., *Escritos históricos y políticos*, Madrid, 2007, pp. 522 ss.

20 MICHEL, A. R., *La J.E.C. Jeunesse Étudiante Chrétienne 1938/1944 face au nazisme et à Vichy*, Arras, 1988, p. 80; DELPARD, R., *La Résistance de la jeunesse française 1940-1944*, París, 2009, pp. 109 ss.

21 GARY, R., *La promesa del alba*, Barcelona, 2017, p. 262.

22 MACRAE, D. Jr., *Parliament Parties and Society in France 1946-1958*, New York, 1967, p. 103.

En el Congreso fundacional, el ideal republicano y cristiano de Sangnier habría de mostrarse convencido de la genuina naturaleza eminentemente popular y democrática de una fuerza política que nacía como “movimiento” y no como partido, un convencimiento que había de resumirse en su histórica afirmación: “Nosotros no nos dirigimos al pueblo. ¡No! ¡Nosotros somos el pueblo!”. Para inmediatamente llamar a sus compañeros “a ganar para nuestra causa” a quienes todavía no participaban del Movimiento Republicano de Liberación, ahora Republicano Popular, “con nuestra inteligencia, nuestro ardor y nuestra pasión”, y así “iluminar al mundo en el camino de la fraternidad y de la paz”. En pleno “recentramiento” político y partidario del republicanismo cristiano, resistente, combatiente frente al totalitarismo, social, y de liberación, el aliento de Marc Sangnier conservaba una extraordinaria autoidad moral²³.

Tras la derrota de Francia en 1940, era uno de esos franceses que, en todo momento, se opuso a la concesión de los plenos poderes a Pétain. En el París ocupado, trató de mantener su actividad editorial, al tiempo que colaboraba con la Resistencia, lo que habría de motivar sucesivas detenciones por parte de la Gestapo, así como su encarcelamiento en Fresnes²⁴. Pero, tras la Liberación, fue nombrado candidato a la Asamblea Nacional y, en las históricas elecciones constituyentes del 21 de octubre de 1945, obtuvo un acta de diputado que habría de revalidar en las no menos históricas elecciones del 2 de junio de 1946, las primeras y únicas en las que la Democracia Cristiana habría de alcanzar la victoria en Francia.

Y como representante electo del pueblo, el hombre que habría definir la democracia como “el poder del pueblo para la libertad” falleció el 28 de mayo de 1950. Apenas dos meses después de la prematura muerte de Emmanuel Mounier, el 22 de marzo precedente. Cuando todavía no habían transcurrido ni tres semanas desde la lectura de la Declaración de 9 de mayo de 1950 por su amigo, muy tardíamente conocido, Robert Schuman, ministro de Asuntos Exteriores de Francia. En una primavera de 1950 que rubricó la culminación del proyecto cristiano en la vida pública francesa. Su viejo amigo François Mauriac, apenas cinco años antes de obtener el Premio Nobel, le dedicó una bellísima necrológica en donde el antiguo “sillonista”, que tras unos meses de militancia se alejó de una organización en donde únicamente encontraba “intuición, inspiración y movimiento del corazón”, recordaba la plenitud de quien, aparentando ser siempre vencido por la lógica implacable de la historia, terminó por convertirse en el impulsor de un vastísimo movimiento político y social para siempre heredero de su espíritu, su alegría y su confianza sin límites²⁵.

El legado de Marc Sangnier es gigantesco. Si él mismo había empeñado su vida en la apertura de un surco para el crecimiento de la propuesta cristiana, ese surco se mostró extraordinariamente feraz. En el ámbito político, la cristiano-democracia francesa es, esencialmente, una herencia de Marc Sangnier, y una herencia que se prolonga, transcurrido más de un siglo, en figuras como François Bayrou, el mismo Bayrou que comenzó su andadura pú-

23 GACON, J., 1944-1958. *Quatrième République*, París, 1987, pp. 28-29; GOETSCHER, P. y TOUCHÉBOEUF, B., *Quatrième République. La France de la Libération à 1958*, París, 2004, pp. 174 ss.

24 BARTHÉLEMY-MADAULE, M., *Mac Sangnier. 1873-1950*, París, 1950, pp. 267 ss.

25 MAURIAC, F., *La paix des cimes. Chroniques 1948-1955*, París, 2009, pp. 209-210; DUFAY, F., *Le soufre et le moisi. La droite littéraire après 1945*, París, 2006, pp. 215-216.

blica como el jovencísimo jefe de gabinete ilustrado y bearnés, de Jean Lecanuet, refundador del centrismo en Francia, adversario de Charles de Gaulle en las elecciones presidenciales de 1965, explorador de un espacio político, el de la centralidad política no gaullista, por el que desde entonces han discurrido figuras tan dispares pero tan relevantes como el infausto Giscard d'Estaing, Raymond Barre, o Edouard Balladur.

Pero buena parte del socialismo democrático francés es también profundamente deudor de la obra de Marc Sangnier. El supuesto del mismísimo François Mitterrand es uno de los más paradigmáticos. Un François Mitterrand que, por cierto, accedió por primera vez a una cartera ministerial, como responsable de Antiguos Combatientes y Víctimas de Guerra, el 26 de noviembre de 1947, en el gabinete formado por Robert Schuman, como representante de la UDSR. Jacques Delors, igualmente, quien acostumbra a calificarse a sí mismo como “socialista cristiano”, habría de reconocer que su vocación política y su convicción en la militancia como forma de vida habrían de originarse en el sentido cristiano del progreso humano, pero entendiendo que no hay forma posible de compromiso en libertad fuera del marco democrático, en Delors además inseparable de su acepción “formal”. “Democracia y equidad” como ideas-fuerza²⁶. El aliento y la confianza siempre restaurados de Marc. Y Michel Rocard, al frente del PSU, habría de defender la “reconciliación entre tradiciones políticas”, y entre ellas la tradición católica y las tradiciones de la izquierda democrática, como la base de su accionar. Esa “reconciliación” se encuentra muy cerca del *Reconciliar Francia* que constituye el título pero, también la propuesta política del libro-manifiesto de Emmanuel Macron en las elecciones presidenciales de 2017 en que, contra todo pronóstico inicial, se impuso²⁷.

François Bayrou, de nuevo, podría hablar largamente al respecto. Y explicar cómo, casi exactamente cien años después de la fundación de la *Liga de la Joven República*, *La France en Marche* de Emmanuel Macron venía a cerrar el círculo de un vastísimo movimiento político iniciado por el también joven “Marc” casi exactamente un siglo antes. Un movimiento a favor de la democracia, la dignidad humana, la fraternidad y el pacifismo de acción que tienen como destino el encuentro y la definitiva unidad política de los pueblos de Europa.

26 DELORS, J., *El nuevo concierto europeo*, Madrid, 1993, p. 13; *L'unité d'un homme*, Entretiens avec Dominic Wolton, París, 1994, pp. 320-321.

27 ROCARD, M., *Le P.S.U. et l'avenir socialiste de la France*, París, 1969, pp. 114-116; *Parler vrai*. Textes politiques précédés d'un entretien avec Jacques Juliard, París, 1979, pp. 118 ss. Cfr. igualmente MACRON, E., *Réconcilier la France*, París, 2017, pp. 27 ss.